

tinta de la nuestra que aboga por nuestra causa: la voz de la sangre de Cristo, que, como decía San Pablo, habla más eficazmente que la sangre de Abel.»

EL VALOR DE LA OFRENDA

Pero existe, además, en la Misa un valor, una grandeza, una dignidad que no dependen de la disposición de aquellos que asisten a ella y al asistir la ofrecen, sino de la esencia misma de la cosa ofrecida. Ya hemos visto que la ofrenda es, en primer lugar, el pan y el vino; ya hemos visto también que el pan y el vino no son en el ara un simple símbolo de nuestras almas, agradable ante los ojos de Dios únicamente en cuanto recuerdan el fervor de las almas que ponen allí su fervor, su anhelo, su amor y su entrega. Esa ofrenda visible de las especies sacramentales tiene su dignidad propia, que le viene de sí misma, en virtud de la institución de Cristo. Como elemento material del sacrificio, es admitida por Dios, separada de todo uso profano y marcada con un carácter sagrado. Hay, por tanto, en ella una santa eficacia y un contenido religioso, que le confieren en cierto modo una virtud sacramental. Así nos lo da a entender el libro del Levítico cuando manda que los residuos de las oblaciones deberán ser consumidos por el sumo sacerdote y por sus hijos: «Lo comerán sin levadura, en el lugar santo, en el atrio del tabernáculo... Es ley perpetua para vuestros descendientes sobre las ofrendas hechas a Jahvé por el fuego. Todo el que las toque, se santificará.»

Pero esta santidad alcanza una grandeza infinita por el prodigio sin igual de la transubstanciación. El pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y esta realidad sublime abre a nuestras miradas horizontes de una infinita grandeza. San Pablo debía fijar en ellos su atención cuando decía, lleno de asombro: «Si la sangre de los cabritos y de los toros y la aspersión de la ceniza de la vaca santifica

a los que están manchados, ¡cuánto más la Sangre de Cristo, que se ofreció sin mancha a Dios por el Espíritu Santo, limpiará nuestra conciencia de las obras muertas para servir a Dios vivo!». Todo queda elevado y como divinizado. La imagen cede el paso a la realidad; el sacrificio, de ofrenda sencilla, llega a ser el holocausto adecuado en honor de la divinidad: el Sacrificio del Calvario, el Cuerpo roto, la Sangre derramada por la salvación del mundo. Nuestra ofrenda es ya algo sublime, divino, incommensurable; «es la hostia pura, la hostia santa, la hostia inmaculada, el pan santo de la vida eterna y el cáliz de la salud perpetua».

ESTILO Y ESTRUCTURA DEL CANON

Y, no obstante, el oferente sigue siendo el hombre, el pueblo cristiano, la santa Iglesia. Se ha reunido para ofrecer el pan, y lo que ofrece en definitiva es el mismo Cristo. ¿Dónde encontrará palabras para expresar su oblación? ¿Cómo exteriorizará sus sentimientos cuando, pasado el umbral del Santo de los Santos, se encuentra delante de Dios, con los brazos extendidos? Nada similar se había dicho en el mundo; ninguna lengua humana había podido verse en trance semejante. Tal vez la mejor solución habría sido el silencio; pero había que hablar, puesto que Cristo había hablado en la última Cena; y de hecho la acción se convirtió en una oración hablada. Así nació el Canon, es decir, la norma, la oración fija y reglamentada, la fórmula invariable de la Consagración, esa parte de la Misa, que es el centro de su culto, y que se distingue a la vez por su ritual austero y suntuoso.

Ya conocemos esa fórmula sagrada en sus primeros balbucesos, en aquella célebre plegaria, que encontramos, a principios del siglo III, entre los escritos de San Hipólito, y que, a través de una lenta elaboración, cuya historia conocemos muy imperfectamente, desemboca en el Canon actual de la liturgia romana. Las ideas centrales permanecen las mismas, y apenas cambia la estruc-